

cita proveniente de un ensayo de los intelectuales del Movimiento de Liberación Nacional (MALENA), cita que busca refutar la oposición al peronismo por su carácter superficialmente antidemocrático. Haciéndose eco de ello, el texto de Portantiero llama a la pequeña burguesía a un profundo examen de conciencia que le permita recuperar su vínculo con la clase obrera que persiste en su apoyo al peronismo.

Estudiantes y populismo

JUAN CARLOS PORTANTIERO¹³

Ya se ha dicho que fue en Argentina que la organización del movimiento estudiantil, heredada de la Reforma, alcanzó mayor vigor. En el conjunto de las fuerzas sociales que influyeron en su arribo político, el movimiento universitario ha ocupado y ocupa aún, a pesar del golpe recibido en 1966 con la abolición de la autonomía universitaria, un puesto importante.

Sin embargo, la movilización de los estudiantes no se expresó de manera lineal, sino de modo intermitente, a través de altibajos. El periodo que va de 1918 a 1923 fue el de la primera oleada de combatividad, seguido de una pausa hasta 1930, cuando los estudiantes se adecuaron, hasta cierto punto, al tenue clima político general del país y, salvo explosiones aisladas, redujeron sus fuerzas a la pura batalla académica. El año 1930, en la medida en que trajo el fin de la utopía liberal sostenida por el rédito proveniente de la próspera exportación de cereales y ganado, arrastró a los estudiantes a la lucha. Ya hemos citado rápidamente su alcance, insertándola en el debate político de izquierda.¹⁴ Dado el sectarismo entonces vigente, la eficacia de la acción estudiantil se redujo pero dejó

13- El texto fue publicado originariamente como "VII. Studenti e populismo", en PORTANTIERO, Juan Carlos, *Studenti e rivoluzione nell'America Latina. Dalla 'Reforma Universitaria' del 1918 a Fidel Castro*, Milán, Il Saggiatore, 1971. pp. 151-171. Trad. Vicky Peretz. Agradecemos a Ana María Kauffman la autorización para publicar el presente texto.

14- Referencia al apartado anterior "VI. Le sinistre e la Reforma Universitaria", publicado sin modificaciones en la versión en español de 1978 (NT).

como saldo del periodo el primer intento de someter la *Reforma Universitaria* a una crítica interna, a un replanteo de sus fines, justo en el momento que había concluido el ciclo en que la *Reforma* avanzaba a la par de la expansión política de las clases medias, y mientras se iniciaba otro en el que su desarrollo tendrá que realizarse contra la corriente.

De todas maneras, no fue en este periodo que se restableció el nivel de movilización registrado en los primeros momentos del '18; únicamente entre 1944 y 1945 el movimiento universitario argentino volvería a ser uno de los principales protagonistas de la lucha política del país.

Vale la pena detenerse en un análisis de las condiciones en que se produjo esta movilización, pues ella tuvo repercusiones en la Argentina que todavía persisten y su resultado último fue un notable alejamiento, que devino incluso en una confrontación, entre el movimiento universitario y el movimiento obrero. La vieja consigna *reformista* de unidad obrero-estudiantil marchó dividida en los incidentes entre los manifestantes que a inicios de los años '40 encontraron a los estudiantes alineados en la trinchera opuesta a la de los obreros.

En 1930 se abre una época nueva para América Latina. La frase alude, a primera vista, a un hecho obvio, quizá ya suficientemente subrayado por la crónica histórica o el análisis político, consistente en el progresivo derrocamiento de los regímenes políticos –algunos civiles y liberales, otros dictatoriales– reemplazados por sediciones militares victoriosas.

Detrás de esta inestabilidad institucional se hallaba la crisis mundial de 1929, cuya influencia sobre el continente fue notable. Pero la crisis mundial no condicionó exclusivamente esta oleada de violencia sobre el poder político, sino que también determinó –al menos en los países más importantes del área– una vertiginosa serie de cambios económicos y sociales, tan importantes como aquellos ocurridos entre el fin del siglo XIX y la primera guerra mundial, periodo en que América Latina fue brutalmente incorporada al mercado mundial como productora de materias primas.

Este primer periodo había determinado un crecimiento de las fuerzas productivas, deformado por la dependencia del exterior y el monocultivo. Para los países del subcontinente fue el ciclo del “crecimiento hacia afuera”, que permitió que se consolidase una clase de propietarios terratenientes y una burguesía *compradora* ligada al comercio de ultramar, que se estrecharon en un bloque hegemónico. Dentro de sus márgenes vegetaban, con escasa posibilidad de desarrollo, una pequeña y mediana burguesía industrial –debilitada por la falta de políticas estatales proteccionistas– y una pequeña burguesía burocrática y parasitaria, cuyos hijos no obstante todo se transformaron, junto con los nacientes

grupos obreros, provenientes en su mayoría de la inmigración, en los más activos protagonistas de la lucha social. Este modelo de estratificación, típicamente neocolonial, coincide históricamente con la estructura social de la Argentina y del Brasil en el momento del “crecimiento hacia afuera”, aunque este último país, por su enorme extensión, comprendiera también zonas en las que predominaban formas muy atrasadas de explotación, virtualmente caracterizadas como economía de subsistencia. Las zonas “modernas” de los países latinoamericanos se concentraban siempre en el litoral marítimo, puerta de entrada y salida a Europa y los Estados Unidos, y la parte atrasada estaba situada en el interior. Si bien los niveles de desarrollo variaban en cada país, conservaban un marco común de dependencia; esos niveles determinaban en cada caso la dimensión y el peso relativo del “Interior” y del “Litoral”.

En estas condiciones, el esquema de desarrollo dependía de manera casi exclusiva del comercio externo, incluso para la Argentina y el Brasil. Si el comercio exterior entraba en crisis, la vulnerabilidad del sistema se manifestaría notoriamente, y cada intento de reorganización –en la medida en que la crisis fuese duradera– sólo podría operarse en otros niveles de la economía, con costos sociales muy altos. Es exactamente lo que ocurrió.

La crisis del '29 destruyó la cuota internacional de los principales productos de exportación latinoamericanos y paralizó definitivamente el modelo de “crecimiento hacia afuera”. En los países con una estructura social más compleja, no se abría otra alternativa concreta de desarrollo que un cambio de orientación en la dirección del crecimiento hacia el mercado interno. Comenzaba así en los años '30 un periodo de cambios económicos, sociales y políticos, que se consolidaría en los años de la segunda guerra mundial, y cuya característica principal sería la promoción de una rápida industrialización que intentaba sustituir las importaciones de esos bienes de consumo que el decreciente comercio externo no podía procurar más.

Desde el punto de vista social, tal proceso significó, en primer lugar, un crecimiento de la influencia de la burguesía industrial, cuyo peso en la estructura de la sociedad latinoamericana era, hasta aquel momento, más bien escaso. En relación con ello se consolidó el proletariado industrial y en general las fuerzas locales ligadas a la expansión del mercado interno. En Brasil, por ejemplo, la crisis del café, principal producto de exportación, llevó al poder, ya en 1930, a una coalición social que quebró el monopolio hasta entonces ejercido por el grupo ligado a la exportación y abrió la posibilidad de la participación política a los propietarios terratenientes del sur del país, que producían para el mercado local, y a la naciente burguesía industrial.

Un representante de los primeros, Getulio Vargas, secundado por el resto del movimiento *tenentista*, que había sido protagonista de la revuelta de las clases medias en la década precedente, fue llevado al poder; se iniciaba así un nuevo ciclo económico, social y político de carácter nacional-popular en el que jugaría un rol decisivo la movilización de las masas trabajadoras urbanas.

En Argentina el movimiento nacional que expresa los cambios estructurales consecuentes de la crisis mundial esperaba algunos años para constituirse, éste aprovecharía el nuevo impulso autonomista provocado por la clausura de los mercados que siguió a la segunda guerra mundial. El contenido del movimiento argentino será similar al brasileño, aunque el retardo de su gestación le da algunas características particulares ligadas a la mayor madurez social de los nuevos grupos consolidados en la década que finalmente participaron de la alianza populista.

En Argentina es hacia mediados de los años '40 que el populismo se organiza bajo la etiqueta de "peronismo", un movimiento estrechamente emparentado con el punto de vista ideológico de otros movimientos, algunos precedentes como el citado "varguismo" brasileño, y otros posteriores o contemporáneos como el "velazquismo" en Ecuador, el "arevalismo" en Guatemala, el "ibañismo" en Chile y el nacionalismo revolucionario en Bolivia, que se insinúa en 1943 con un golpe de estado militar del que surge el gobierno nacionalista del mayor Villarroel, y que reaparece, después del derrocamiento de éste por obra de la vieja oligarquía, en 1952 con la revolución popular capitaneada por Paz Estensoro.

De un modo o de otro, estos movimientos manifestaban los intentos de la burguesía latinoamericana de adecuarse a la nueva situación creada por la crisis y la segunda guerra mundial, y en algunos de ellos el ascenso social de este sector burgués fue apoyado tanto por el proceso de movilización de las clases populares como por el crecimiento de una oleada nacionalista en las fuerzas armadas, que en general desarrollaron el rol de los ausentes partidos nacional-burgueses.

La cristalización de esta ideología nacional-populista en los años treinta sucedía en un momento en que el fascismo europeo parecía alcanzar su cenit. Si en Europa resultaban claros los vínculos del fascismo con los grupos sociales y económicos más reaccionarios, esto no era comprensible del mismo modo en América Latina.

A ello contribuían varios factores; en primer lugar, el hecho de que los países fascistas eran los enemigos más declarados de las potencias imperialistas responsables del atraso latinoamericano: Estados Unidos y Gran Bretaña. "El enemigo de mis enemigos es mi amigo"; en este elemental juego de lealtades se reunió mucha de la solidaridad con el Eje ofrecida por los nacionalismos latinoamericanos.

En segundo lugar, el autoritarismo fascista concordaba bastante bien con dos concesiones de la élite industrial: por una parte, la pérdida de prestigio del liberalismo, definido como la ideología justificadora de la explotación colonial realizada en nombre del libre cambio; por otra, y por el contrario, la ideología fascista aparecía como propia de la expansión y del orgullo nacional, al que se debía agregar el intento de la élite de controlar la movilización de las clases populares por medio de un encuadramiento paraestatal, que tendía a reforzar el rol del aparato político.

En estas condiciones el populismo incorporó buena parte de las inspiraciones ideológicas del fascismo europeo, pero, a diferencia de su modelo, tendió a poner en movimiento energías nacionales y populares en un intento, por cierto no siempre exitoso, de desarrollo autónomo nacionalista burgués.

La peculiaridad de la influencia del fascismo sobre los movimientos nacionalistas de los países coloniales y dependientes, es efectivamente un problema teórico de mucha importancia que tiene precisas repercusiones en los análisis políticos. No obstante, éste no es nuestro objetivo. Además de llamar la atención sobre su importancia teórica general, reabierta ahora ante el interés suscitado por el denominado "Tercer Mundo", era necesario para el hilo de nuestro discurso específico describir, como hemos hecho sumariamente, esas características propias, particulares, de la influencia de una ideología que fuera de su contexto original asume otros valores.

Ya hemos dicho que el nivel de movilización estudiantil alcanzado desde 1918 hasta 1923 en Argentina recién obtendrá el mismo grado de intensidad entre 1943 y 1945. Y el motivo de este recrudescimiento fue precisamente la violenta y combativa oposición de los estudiantes al régimen peronista, oposición concebida mecánicamente como un capítulo de la lucha general contra el fascismo en la que se empeñaban en ese periodo los pueblos de Europa.

Es cierto que tanto el "fascismo" de Perón como el "antifascismo" de los estudiantes eran etiquetas heredadas de una tradición nominalista más atenta a las palabras que a sus significados. El conflicto en la sociedad argentina de mediados de los años '40 era mucho más rico en contenidos que lo que hacía pensar el juego de oposiciones. Por una parte, un grupo de oficiales nacionalistas, portavoz del desarrollo industrial con un proyecto de crecimiento autónomo, aunque limitado, y apoyado por la enorme mayoría de los trabajadores, no sólo por los obreros de fábrica sino también por la estructura del sindicalismo preexistente. Por otra, las viejas clases beneficiarias del esquema creado con el libre cambio: grandes propietarios terratenientes y grandes ganaderos, y comisionistas de las importaciones y las exportaciones. Ideológicamente, la primera coalición estaba constituida

por una mezcla de autoritarismo militar, tradición populista del yrigoyenismo, influencia clerical y satisfacción "tradeunionista" de un sindicalismo que veía finalmente una obra de gobierno que satisfacía sus viejas reivindicaciones.

La segunda coalición abarcaba la izquierda comunista y socialista, y la mayoría del liberalismo nacional, hermanados en el espíritu del bloque aliado contra el Eje, en el que los Stalin, los Roosevelt y los Churchill locales armonizaban la lucha contra el "nazismo" encarnado por Perón y su movimiento, en una suerte de Yalta provincial y folclórica.

Si el liberalismo de la coalición antiperonista era superficial, también lo era, sin lugar a dudas, el antiimperialismo del otro grupo. Pero este último representaba a fuerzas sociales en ascenso, una especie de prólogo argentino de fenómenos políticos que comenzaron a volverse comunes en el mundo después de los años '50, especialmente en el desarrollo político del Medio Oriente. El liberalismo al que se oponían, en cambio, era la expresión de fuerzas sociales mucho más regresivas.

Entre los dos opuestos, la tradición de la Reforma Universitaria y el movimiento estudiantil eligieron el liberalismo tradicional. Y eligieron tan mal que desde entonces nació una separación entre la clase trabajadora y los universitarios que hasta el presente no ha sido del todo superada, y ello a pesar de que la mayor parte del movimiento estudiantil haya iniciado desde hace años una auto-crítica e intente a partir de ésta desarrollar su política actual. Considerándolo ahora en perspectiva, la extrema confusión que caracterizó al origen del movimiento peronista es una atenuante de la posición adoptada por el movimiento reformista. Esa confusión residía esencialmente en el hecho de que si en el profundo proceso social se agitaba la emergencia de fuerzas sociales progresistas aprovechadas por la coalición victoriosa, en cambio en la superficie, en el mundo de la ideología, la expresión que este proceso adquiriría era la de una retórica reaccionaria.

El movimiento militar que sirvió de trampolín al lanzamiento del peronismo estaba seducido verdaderamente por la experiencia del fascismo en Europa. Y sus intelectuales, quienes debían darle justificación y continuidad programática, eran reclutados entre los grupos católicos más derechistas, que veían en los oficiales del ejército la espada que daría su revancha a la supremacía ideológica liberal. No era por cierto la primera vez que los movimientos nacionalistas de los países dependientes aparecían históricamente revestidos de ideologías tradicionalistas y obsoletas.

En junio de 1943, después de una década de seudodemocracia parlamentaria, el ejército derroca al régimen que se basaba en una alianza liberal-conservadora, y asume el poder. Eran aún los años gloriosos del Eje en Europa,

aunque ya se avecinaba su derrota. El golpe de estado parece simplemente una prolongación de los planes para Sudamérica del Estado Mayor alemán, y así es presentado también por sus adversarios, quienes identificarían a sus autores como simples agentes al servicio del Reich. El movimiento estudiantil, así como la mayoría de los partidos políticos partidarios de los aliados en la guerra, condena severamente la sedición. La Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) lanza, en el mismo día del pronunciamiento, una declaración en la que afirma que "los jefes militares deben ceder inmediatamente el gobierno a la autoridad constitucional". La primera medida del gobierno, el ascenso al poder de algunos de los civiles simpatizantes de la Falange española, parece dar la razón a aquellos que identifican al movimiento como un episodio de la lucha del nazismo por el control del continente. A partir de este momento todos los análisis son realizados tomando como variable fundamental el contexto internacional; el examen de las fuerzas internas, de sus contradicciones y de sus conflictos, así como el grado de desarrollo de la lucha de clase en la sociedad argentina pasarán a un segundo plano. Y, sin embargo, será ésta la dimensión decisiva pues permitirá, ante la sorpresa general, que en poco más de dos años el movimiento militar de 1943 encuentre una prolongación en la más notable explosión de las masas de la historia argentina.

Desde el punto de vista de las relaciones entre el gobierno nacionalista y la universidad, que es lo que aquí nos interesa, su examen nos permite distinguir algunas fases, por lo demás coincidentes con el periodo de gestación, a partir de un origen confuso, del movimiento populista.

Después de una serie de escaramuzas, a fines de 1943 el gobierno toma bajo su control todas las universidades del país, encomendando la conducción a intelectuales de extrema derecha católica. Desde el punto de vista ideológico, el momento es de absoluta reacción. Todas las conquistas de la Reforma, ya bastante golpeadas en la década anterior, quedan reducidas a polvo. El movimiento universitario, por su parte, milita como combatiente de primera línea en las filas de la oposición a un sistema que notoriamente puede ser calificado como una dictadura militar. Para dar una idea de la aparente coherencia del plan de derecha del gobierno, basta recordar que casi conjuntamente con la intervención de las universidades se decreta la disolución de los partidos políticos y la obligatoriedad de la enseñanza de la religión católica en las escuelas públicas.

Pero contemporáneamente a este posicionamiento inequívocamente reaccionario, el gobierno militar, que frente a la guerra mantiene una posición de neutralidad que lo diferencia del resto de los países latinoamericanos, encuentra una manifiesta hostilidad de parte de los Estados Unidos. Aislada del

continente, sin apoyo político interno, la élite militar va buscando, a tientas tal vez, bases propias de legitimidad. En esta apertura surgirá de modo incontenible la figura de un coronel que recién a fines de 1943 comienza a ocupar importantes posiciones públicas: Juan Perón.

Los intentos de apertura se dirigen, en primer lugar, a los sindicatos obreros mediante la orquestación de una política que tiende a satisfacer sus reclamos salariales y previsionales. Se inicia también una política de nacionalización e industrialización, tímida en un primer momento, pero que resulta indicativa de una tendencia.

El fin de la guerra vuelve más urgente la necesidad del gobierno militar de apoyarse en una fuerza propia. Los Estados Unidos presionan cada vez con mayor insistencia para derrocar al régimen que no colaboró con la “comunidad panamericana” en la lucha contra el nazismo. Se habla también de una posible intervención conjunta, y un jurista uruguayo crea una doctrina para justificarla. A inicios de 1945, la figura de Perón ya es decisiva en el gobierno. Sus tentativas de alianza con los sindicatos fueron fructíferas; logró que en las movilizaciones obreras se aclamara su nombre en apoyo a la política de justicia social promovida por las esferas oficiales. El proceso abierto debe ser llevado adelante cada vez con mayor audacia, ya que es evidente que las condiciones abiertas por la victoria aliada en la guerra tienden a favorecer la restauración política de las fuerzas liberal-conservadoras, entonces acompañadas, en la dulce euforia del antifascismo universal, por el partido comunista y el movimiento estudiantil.

Perón redobra entonces sus contactos con los dirigentes sindicales y políticos, buscando estructurar su propia fuerza. La victoria en el plano sindical es derrotada en el plano político: salvo algunos dirigentes de segundo nivel, pocos lo secundan. Sin embargo, la apertura significaba la puesta en práctica de concesiones. Como dice rotundamente un autor:

Se trataba entonces de insertarse en la realidad nacional e internacional mediante la democratización del régimen y su alineación al lado de las Naciones Unidas. Esta operación fue llevada adelante con rapidez en los primeros meses de 1945. El tinglado del nuevo orden clerical-fascista fue desarmado con sobria seguridad y escaso trabajo; los partidos políticos volvieron a conocer los halagos de las esferas gubernamentales.¹⁵

15- HALPERIN DONGHI, Tulio: *Argentina en el callejón*. Buenos Aires, 1962. p. 46.

Efectivamente, el estado de sitio es levantado, y se permite desde entonces el libre ejercicio de los derechos políticos, incluyendo también al partido comunista, que se encontraba en la ilegalidad desde 1930. La nueva política inspirada por Perón incluye a las universidades: los delegados del gobierno son destituidos, y en febrero de 1945 se devuelve la autonomía a las facultades, que eligen a sus propias autoridades en base a los estatutos heredados de la *Reforma*. Pero los interlocutores no volverán a entablar un diálogo sostenido. Para este momento, el imaginario de una dictadura católico-militar de los años '43 y '44 estaba anulado para la mayor parte de los actores, pero en la medida en que los respaldos de Perón eran, cada vez con mayor fuerza, las clases populares y el sindicalismo, los grupos políticos leales a la vieja estructura de poder no tenían nada que tratar con Perón, sino más bien debían tratar de derrocarlo.

Entre agosto y octubre de 1945 este capítulo alcanzará su grado más alto; poco a poco, en un *crescendo* sostenido, los viejos partidos parecen tocar el vértice de sus ambiciones: Perón, llegado a este punto pocos lo dudan, será rápidamente un recuerdo. Y a las maniobras de los dirigentes políticos, apoyados abiertamente por el embajador norteamericano Spruille Braden, en complicidad con los cuarteles militares dispuestos a dar un golpe decisivo contra Perón, se suma como trasfondo la lucha de los estudiantes reformistas, que darán a sus batallas en las calles contra la policía el ingenuo sabor de una Resistencia al estilo de los *maquis* durante la ocupación nazi.

En agosto de 1945, Perón ofrece explícitamente a los estudiantes una alianza. En un discurso radiofónico hace referencia a los problemas de las universidades, dice:

El 4 junio de 1943 la cátedra no siempre era ocupada por los más capaces de vuestros maestros, y muchas de las conquistas que habéis logrado en las cruentas luchas de la Reforma Universitaria se desvirtuaban frente a los habilidosos manejos de ciertos grupos... Intervenimos por ello la Universidad, y los resentidos del proceso anterior, como los lastimados por vuestras propias conquistas, confundiendo la medida de gobierno, creyeron que marcaba la hora de sus revanchas, y enfáticamente se lanzaron al ataque de las posiciones, tratando de formar una universidad intransigentemente medieval, comenzando por cambiar las figuras rectoras de la patria, que ya habían recibido el espaldarazo simbólico de la historia. A su vez, tuvimos que desplazarlos a ellos, y después de distintas medidas de gobierno que no siempre pueden ser explicadas en su verdadera naturaleza e intención, devolvimos la autonomía a la universidad, mediante elecciones absolutamente libres.

La autocrítica era elocuentemente clara, y a ella se sumaba la promesa de que en un “plazo prudencial” se restablecería otro derecho: “el voto estudiantil en la selección de las temas de profesores”.

Y finalmente se preguntaba: “¿Por qué entonces sois los más intranquilos, permaneciendo en una agitación constante?”.

El interrogante no obtendría otra respuesta que la intensificación de la oposición: todos los centros de estudiantes rechazaron por unanimidad aceptar el diálogo con Perón; la lucha había sido iniciada y sería resuelta en las plazas. La tensión crece en el mes de setiembre y a inicios de octubre de 1945. El 9 de octubre, Perón, que entonces era vicepresidente y ministro de Trabajo, es obligado a renunciar a los cargos. Aparentemente la batalla había terminado: el fracaso de la extensión de las bases de su legitimidad lo había dejado indefenso frente a sus enemigos. Pero la historia argentina no se hace sólo con *leaders* políticos y generales, con propietarios terratenientes y exportadores, con profesionales y estudiantes universitarios. Una nueva fuerza había alcanzado una potencia desconocida, y su sola movilización a la plaza abriría un nuevo ciclo político. Se trataba del proletariado industrial expandido en la década posterior a la crisis mundial; la mano de obra urbana que había surgido de la rápida industrialización desarrollada en el país a partir del colapso del modelo de “crecimiento hacia afuera”. Estas masas orientarían la balanza política a favor de Perón el 17 de octubre de 1945, con una especie de “marcha sobre Buenos Aires” desde los suburbios obreros, que cubrió la Plaza de Mayo y paralizó a la oposición. El grupo de militares fieles a Perón obtuvo entonces, ante esa especie de plebiscito espontáneo de las clases populares, el retorno al gobierno.

En las elecciones, cuya fecha se había fijado para febrero de 1946, se opondrían dos coaliciones; resultaba muy claro que en la antiperonista se alineaban las fuerzas más conservadoras del país, los beneficiarios de la estructura de exportación agrícola. El movimiento estudiantil continuó participando en esta coalición, dándole incluso su único aspecto de vitalidad, la única posibilidad de movilización a la plaza. Actuó como fuerza de choque de esta restauración liberal-conservadora, y por eso se enfrentó a la fuerza de choque del peronismo: la clase obrera industrial. Un ideal de la Reforma Universitaria, el más trascendente para su proyección social, se había hecho pedazos en las calles de Buenos Aires a fines de 1945.

Instintivamente el movimiento universitario intentaba liberarse de algunas de las cadenas con que sus aliados lo oprimían, pero era en vano. Cuando las asociaciones patronales y los partidos políticos de la coalición antiperonista (comunistas y socialistas incluidos) se opusieron a una ley que otorgaba una se-

rie de mejoras a los trabajadores por considerarlas “demagógicas”, y apoyaron la cerrada respuesta de los propietarios frente al odio creciente de los trabajadores, la Federación Universitaria Argentina intentaba adoptar una postura conciliadora. Vale la pena recordar el documento publicado en esa ocasión, pues es una prueba de las contradicciones con que los reformistas respondían a la intuición de que la vía elegida no era la más correcta:

La FUA no acepta que se haga demagogia y se especule con el hambre y la necesidad de los gremios obreros, tampoco acepta que se persista perniciosamente en que se denomine democráticos a aquellos que se basan en la miseria y explotación de la clase trabajadora argentina.

Y resolvía:

Hacer un llamado a las organizaciones patronales para que estudien y solucionen de inmediato las justas reclamaciones gremiales, en entendimientos directos con los gremios libres; bregar, finalmente, para que el movimiento de la Unión Democrática [la coalición electoral antiperonista] tome activa participación en la solución de tan palpitante problema, como seguro paso inicial del plan orgánico de justicia social, que el país espera de esta patriótica unión de las fuerzas democráticas y progresistas.

La ingenuidad de este diseño equilibrador culminaba en los párrafos siguientes dirigidos al movimiento obrero, el cual, más allá de otros problemas, se enfrentaba a una oleada de reacción patronal que atacaba una medida de gobierno que perjudicaba sus intereses:

Debe por último, la FUA, alertar a la clase trabajadora y al pueblo todo, sobre las características profundamente inmorales del movimiento político que aparece como abanderado de estas supuestas mejoras. Es necesario considerar que es imposible creer honesta la prédica obrerista de quienes arrojan al pueblo argentino a la guerra civil.

En febrero de 1946 Perón vence en las elecciones ante la sorpresa de sus opositores. La universidad y el movimiento estudiantil, que habían participado en primera fila del antiperonismo, guardan silencio, seguramente golpeados por el estupor de que haya ganado lo inimaginable: por primera vez la clase trabajadora industrial había roto el equilibrio político. Una de las primeras medidas adoptadas después de las elecciones es la toma de control de las universidades,

efectuado dos días después de que Perón asume su mandato. Simbólicamente, el requerimiento proviene de un miembro del bloque obrero de diputados peronistas. Perón se mantuvo en el poder hasta 1955. Es reelecto plebiscitariamente en 1952, y tres años después es derrocado por un golpe de estado militar inspirado ideológicamente por los viejos partidos que lo habían combatido diez años antes, y que durante su presidencia mantuvieron una postura conspirativa constante. El movimiento universitario acompañó a la oposición en todo el proceso, y ante la caída de Perón así se expresó a través de la FUA: "Los estudiantes argentinos han saludado la caída de un régimen opresor y falaz que intentó conculcar todo vestigio de democracia, sumergiendo al país en un caos que corrompió la enseñanza primaria y secundaria y destruyó la Universidad". "La sublevación -agregaba- ha triunfado en nombre de la democracia y la libertad".

Una vez más, la trampa de las grandes palabras. La caída de Perón abrió, al contrario, un proceso de persecución de las mayorías populares que dura hasta ahora. Y de este proceso no se ha salvado el movimiento estudiantil, aunque en los inicios había obtenido como premio por su antiperonismo la satisfacción de algunas reivindicaciones específicas. Los instrumentos de la Reforma Universitaria permanecieron en vigor hasta 1966 al interior de la universidad, pero la separación entre ésta y las clases populares no ha culminado aún. El liberalismo puede tolerar esta Reforma recluida en las facultades, a pesar de que alguna vez lo golpeen algunas rebeliones estudiantiles que se expanden desde esa marginalización de la universidad como "isla democrática" en una situación general de represión contra las clases populares. Dado que en la lucha política es difícil penetrar los fenómenos más allá de la superficie para poder adentrarse en su estructura, el activismo de los estudiantes contra el peronismo podía adquirir cualquier dirección.

Formalmente, la postura del gobierno peronista frente a la universidad fue reaccionaria. En el momento en que el régimen vivía su periodo más significativo; cuando se avanzaba en nacionalizaciones importantes en el plano económico; cuando se realizaban planes de industrialización, y los obreros obtenían importantes mejoras, se decretaba para la universidad una ley que efectivamente cancelaba las conquistas de la Reforma referidas a la estructura de gobierno de las facultades.

Perón sabía claramente que en las universidades estaban buena parte de sus enemigos, y justamente los más dinámicos. Regalarles la autonomía probablemente habría sido un suicidio. La universidad pasó así en la práctica a depender del estado, y el mecanismo de elección de autoridades con participación estudiantil se transformó en una simple decisión burocrática del ministerio de Educación Pública.

El movimiento nacional-burgués, fuertemente centralizador, no estaba en condiciones de aceptar márgenes de autonomía en sectores en que era fuerte su oposición. El movimiento universitario, por su parte, transformado en el ala combativa de la oposición orquestada por los viejos políticos contra Perón, no podía direccionar de otro modo sus alianzas. Se orientaba según su clase, la pequeña burguesía, en su mayoría antiperonista, así como en 1918 había sido en su mayoría yrigoyenista. Esta orientación era impulsada no sólo por el propio prejuicio, sino también por el aspecto superficial de la realidad: lo que Perón hacía y dejaba hacer en la universidad no concordaba, obviamente, con los postulados del '18. Pero en el país avanzaba un proceso de desarrollo autónomo –ciertamente limitado, en consonancia con sus inspiraciones nacionalistas- y el proletariado apoyaba el proceso mismo.

Esto se manifestaba también en la universidad. Pues si desde el punto de vista de las estructuras formales entre 1946 y 1955 los opositores de la Reforma se apropian del poder universitario –aunque sin llegar a los extremos del clericalismo fascista de los años '43-'44-, en otros aspectos del sistema universitario se advierten modificaciones significativas coherentes con la dirección del proceso nacional. Incluso los opositores acérrimos del peronismo admiten que en esos años se produjo una democratización del reclutamiento universitario. El número de los estudiantes creció enormemente, extendiéndose la base social de su composición a los estratos inferiores de la clase media, e incluso a los sectores obreros. Las cifras del aumento son elocuentes:

Estudiantes universitarios inscriptos en las facultades de todo el país:

1947	51.272
1948	56.667
1949	65.646
1950	79.419
1951	90.568
1952	96.176
1953	120.698
1954	138.127
1955	143.452

Sólo en la Universidad de Buenos Aires los inscriptos aumentaron de 22.477 en 1945 a 53.013 en 1952.

Esta difusión de la enseñanza universitaria, obviamente, era consecuencia de una ampliación de las bases sociales de la instrucción media. De 1944 a

1953 la tasa de estudiantes de las escuelas secundarias subió del 12,9 al 25,9 cada mil habitantes.

La contrapartida de esta política escolar peronista que limitaba notoriamente la democracia interna de los institutos consistió en una serie de resoluciones tendientes a facilitar ese crecimiento de la población estudiantil: eliminación del examen de admisión, supresión de los aranceles, o sea gratuidad total de la enseñanza universitaria; institución de exámenes mensuales; posibilidad de ingreso directo a las universidades con los diplomas de las escuelas industriales, que reclutaban en su mayoría a los estratos más pobres de la pequeña burguesía y al proletariado; creación de la escuela-fábrica y de una universidad obrera (conservada actualmente con el nombre de "universidad tecnológica") de la que egresan ingenieros de fábrica, etc. Una combinación de reivindicaciones económico-sociales propias del movimiento reformista, con la puesta en práctica de políticas didácticas tendientes a calificar a la mano de obra de acuerdo con la necesidad de la burguesía industrial que formaba parte de las decisiones del gobierno, esa base que inspiró las resoluciones más importantes de la política escolar peronista.

Estas conquistas fueron poco reconocidas por importantes grupos militantes de la Reforma, que en el periodo peronista combatieron ásperamente al gobierno. Actualmente, un dirigente estudiantil de izquierda formula el siguiente juicio sobre esa fase, y su opinión es cada vez más compartida en el sindicalismo universitario argentino, basado en la autocrítica de una experiencia que aisló a los estudiantes de la clase obrera:

El momento de mayor expansión social de la enseñanza universitaria se dio durante la década peronista (1945-1955). Este hecho, desatendido por quienes siguen descalificando como "antidemocrática" a la universidad peronista en base a razones ideológicas o administrativas (régimen de gobierno, dependencia del poder ejecutivo, represión ideológica y expulsión de profesores, imposición de cursos de "formación política"), tiene que ser debidamente destacado, aunque sin pasar por alto que la composición de clase no fue modificada sustancialmente.¹⁶

La postura mantenida por el movimiento universitario bajo el peronismo asume un interés particular. Tal vez no hubo un sector social más agresivamente contrario al régimen que la pequeña burguesía urbana, entonces sacudi-

16- Alcalde, Ramón: *Estrategia en la Universidad*. Buenos Aires, MALENA, 1964, p. 9.

da por un proceso de desarrollo industrial generado por mecanismos inflacionarios que perturbó su imagen de ahorro y conservación. Los límites de la protesta estudiantil permanecieron entonces marcados por la estrecha solidaridad entre los jóvenes universitarios y su clase de origen, en la que los primeros permanecieron presos de esquemas egoístas, aunque la retórica de la libertad y de la democracia aparecería como una prestigiosa cobertura de una postura sustancialmente reaccionaria. El conflicto con Perón saldó la pelea entre padres e hijos al interior de la pequeña burguesía, cerró brutalmente la disputa de las generaciones, eliminó las resonancias de la solidaridad obrero-estudiantil anunciada en el momento inicial de la Reforma. Una bandera caía, y alzarla nuevamente habría significado para el movimiento universitario argentino un proceso de autocrítica, de examen de conciencia, aún no concluido.

Buenos Aires, mayo 1969.